

CAPÍTULO UNO

La fina lluvia anunciaba el cambio de estación. El frío y húmedo invierno hacía su entrada provocando que Esther no lograra calmarse. Malhumorada, apagó el móvil, cuando insistente la despertó a las siete de la mañana.

Normalmente le fastidiaba ir al instituto, pero esta mañana su irritación se acrecentó todavía más, cuando intentó, sin éxito, convencer a su madre para no ir a clase. Otras compañeras lo conseguían con facilidad, pero su madre era intratable cuando se trataba de faltar al instituto.

«Pero hoy es diferente, pensó enfadada mientras miraba por la ventanilla del tren, ni siquiera vamos al instituto, sino a pasear estúpidamente por Barcelona...». Se lo había repetido una y otra vez sin que le hiciera ningún caso.

Con el ceño fruncido, miraba por la ventana recordando la discusión que ambas habían mantenido.

—No será para tanto —había respondido indiferente Marisa, al escuchar las continuas quejas de su hija.

«No se entera de nada —pensaba furiosa—. Ella no tiene que aguantar a estos patosos».

Miró a los compañeros, que se divertían jugando con sus móviles y hablaban animados sobre temas que a ella no le

importaban. Llevaba más de tres meses en el instituto y no había congeniado con nadie.

Durante unos minutos el tren se detuvo en la estación de Sant Cugat. Al cerrarse las puertas, varios pasajeros se quedaron de pie por falta de asientos.

Frente a Esther iban sentadas dos de las tres listillas de la clase, y a su lado iba la tercera, la más aplicada y estudiosa de todas. Las tres vestían con ropa nada conjuntada. Esther las miró, parecían buena gente, aunque decididamente no iban con ella, y por lo entusiasmadas que estaban por llegar a Barcelona y recorrer la ruta que el profesor había marcado, tampoco coincidían con ella en la forma de divertirse.

Cerró los ojos y suspiró agobiada. Marcelo, el profesor, llevaba casi dos semanas con el mismo rollo de ver los pórticos de los siglos XIV y XV. Los portones de madera, los capiteles y, no sé qué, de una muralla romana.

Marcelo no encontraba con qué motivar a los alumnos, que normalmente acudían apáticos a clase. Quería avivar en ellos la inquietud por el arte, la política o la historia del tiempo pasado..., aunque temía, como tantas otras veces, que a ninguno le interesara nada de eso.

Es un verdadero plasta, le había dicho Esther la noche anterior a su madre ¿Para qué queremos ver puertas viejas y piedras antiguas? Con las diapositivas que ha pasado en clase tenemos más que suficiente para saber de qué va todo ese rollo. Pero para él no es suficiente y tenemos que ir a dar vueltas por Barcelona, como si no la conociéramos ya... Creo que le gusta fastidiarnos.

Esther era más alta que la mayoría de las chicas de su edad. Tenía el pelo largo y oscuro, porte elegante y aspecto agradable,

al menos siempre que no estuviera de mal humor, como últimamente solía estar.

En el instituto no tenía amigos en los que ampararse; a vista de todos era una extraña que no quería relacionarse con nadie. Los profesores pensaban que era debido a que los demás se conocían de otros cursos, y a que ella era nueva y necesitaba más tiempo para adaptarse.

Había pasado casi medio año desde que Esther dejó Sant Vicenç Dels Horts, donde nació y vivió hasta que sus padres, por motivos de trabajo, tuvieron que trasladarse a Rubí. En Sant Vicenç dejó a sus amigos de toda la vida. Amigos que vestían y se divertían como ella. Todavía no lo había superado, y se encontraba sola en un instituto compartido con desconocidos.

El principal problema era Alex. Se había fijado en ella y disfrutaba burlándose, provocando las risitas de los demás.

Esther siempre vestía de negro y se maquillaba los ojos y las uñas con el mismo color. Los labios también acostumbraba a llevarlos oscuros. Ese único detalle le bastó a Alex para mortificarla llamándola «zombi».

Hoy, fuera del instituto, podía ser peor aún, por eso insistía en no ir a Barcelona, pero su madre no opinaba lo mismo y la obligó a asistir.

Para recorrer la ciudad se había vestido con un estrecho tejano negro, del mismo color que el jersey y la sudadera. En el cuello llevaba una bufanda también negra, aunque con una fina franja gris a juego con el gorro de lana.

Seguía llovisnando y suspiró enojada; además se le encresparía el pelo. Buscó su imagen reflejada en la ventanilla del tren, realmente tenía cara de enfado con el ceño fruncido y los carnosos labios crispados.

Con la lluviosa mañana como excusa, faltaron unos diez alumnos. Esther los envidió mientras observaba al resto.

Sentadas al otro lado del pasillo estaban Fina, Isabel y María. Siempre iban juntas y parecían buenas amigas. En otro grupo estaba Jordi, un joven alto y delgado de pelo oscuro y largo, e inseparable de Alex, que la miraba sonriendo idiotamente. Frente a ellos iban Mireia y Sandra, «las guapas», como las reconocía Esther en su interior; y cuando vio que la miraban de arriba abajo, añadió para sí: «y estúpidas».

En los asientos contiguos estaban Ricardo, Anselmo y Guillem... El más guapo, pensó convencida; y junto a ellos Carla y Montse, hablando por el móvil.

Volvió a mirar a las aplicadas Susana, Laura y a Eva, que estaba a su lado. En algún momento del viaje escuchó su conversación y pensó que eran agradables, aunque no cruzó palabra con ninguna de ellas.

Un par de veces advirtió que la más bajita, Eva, la observaba detenidamente a través de sus gafas de montura oscura y cristales grandes. Pero pasó de ella y siguió concentrada disfrutando con el ritmo de la música.

Se ruborizó al ver que Guillem la miraba. Era guapísimo. Estaba en los asientos siguientes a los suyos y una de las veces vio que le sonreía.

En el pasillo y de pie, el profesor hablaba con unos y otros mientras el tren proseguía su camino. Su intención era llevarlos a ver la plaça de Sant Jaume, el Palau de la Generalitat y el Ayuntamiento. También la parroquia de Sant Jaume y los muchos monumentos de estilo gótico y modernista que vestían la ciudad. Por supuesto visitarían la famosa y auténtica muralla romana, reliquia del siglo IV.

Cuando llegaron a Barcelona, bajaron por las Ramblas hasta Portaferriça, que quedaba a mano izquierda. Allí Marcelo se detuvo para explicar a sus alumnos que Portaferriça había sido una de las puertas de entrada a la ciudad medieval

amurallada, y que su nombre provenía de la barra de hierro que se utilizaba para medir la anchura de los carros que antiguamente entraban en la ciudad.

—Esta decoración de cerámica sobre la fuente indica el principio de la calle, y nos recuerda cómo eran la muralla y la puerta en la Edad Media —indicó a los jóvenes.

Alex en ese momento miraba a Esther con una sonrisa de autosuficiencia que molestó a la muchacha. Además vio cómo cuchicheaba algo con Jordi, que la miraba también riéndose.

«Ya empezamos» pensó encarando sus miradas. Aunque decidió olvidarse de ellos y distraerse contemplando a la gente que visitaba los alrededores.

La lluvia cesaba mientras un tímido sol lidiaba por asomarse entre las nubes grises y espesas cuando llegaron a la plaça del Pi. Allí, Marcelo les mostró la iglesia gótica dedicada a la Virgen, y que en la esquina estaba ubicada la plaça Sant Josep Oriol.

Avanzaron por el carrer de la Palla y contemplaron los restos de la antigua muralla romana del siglo IV, y siguiendo la calle, en la plaça Nova, encontraron la célebre Catedral de Barcelona.

—La catedral empezó a construirse en estilo románico —ilustraba el profesor a los chavales—, sin embargo, con el paso del tiempo, terminó siendo de estilo gótico. La fachada principal es la obra más reciente, de finales del siglo diecinueve y primeros del veinte.

Durante un buen rato caminaron contemplando plazas, estructuras góticas, templos... hasta que finalmente llegaron al carrer del Bisbe. Marcelo explicó que durante la época romana fue la principal vía de Barcelona y señaló parte de la muralla que todavía se conservaba a ambos lados de la entrada.

Adentrándose unos metros más en la famosa calle, se encontraron con el bonito y emblemático Pont del Bisbe y el balcón gótico que muchos de ellos ya conocían.